

"SOY MISIÓN, SOMOS MISIÓN"

"Soy una Misión en esta tierra, para esto estoy en el mundo" Papa Francisco

OMP Uruguay

NOTA EDITORIAL ADVIENTO / NAVIDAD 2014

NACE JESÚS VEMOS LA LUZ TIEMPO APROPIADO PARA RECUPERAR LO ESENCIAL

Querido hermanos:

Al acercarse la celebración del tiempo de Adviento y Navidad, surge en nosotros la interrogante ¿cuál es la dimensión misionera de este acontecimiento en el contexto actual? De que manera el adviento y la navidad son ocasión propicia para considerar y asumir de forma renovada el perenne compromiso misionero de toda la Iglesia.

El adviento en su doble dimensión escatológica e histórica nos determina a poner nuestra atención en Jesús, al cual recordamos en su nacimiento histórico, su encarnación, y en quien esperamos la realización plena de nuestra salvación.

La Navidad conduce nuestros sentidos particularmente al nacimiento de Jesús, con todo el contexto que realmente importante: la pobreza, la sencillez, el anuncio, la adoración, la alabanza, el silencio, el ocultamiento. Lo grande, lo infinito se manifiesta en lo más pequeño y desprovisto de aparentes garantías y seguridades, ésta es la dinámica propia del Reino de Dios.

La misión no es estrategia, ni sola actividad proselitista, ni preocupación abstracta por cuántos somos o no somos los católicos, si la misión de la Iglesia tiene como punto de partida la sola reacción a los desafíos cuánticos de la realidad actual, fácilmente se vuelve una tarea dependiente de las modas, los éxitos, o lo que es peor, la ideología reinante, que como tal podrá ser muy piadosa u ofrecerse como muy comprometida, pero no deja de ser ideología, y no puede sustentar la misión eclesial.

El misterio celebrado en estos dos tiempos litúrgicos nos obliga a asumir dos preguntas: ¿Quién es Dios? ¿Quiénes somos nosotros?, de las respuestas a éstas surge la dimensión misionera de estos tiempos, o dicho de otra forma, la novedad que estos tiempos dan a la misión de la Iglesia hoy.

El presente nos causa confusión, y ésta determina, distintas reacciones: la indiferencia, el agobio, la búsqueda constante de las "novelerías" pastorales para seguir siendo atractivos, o el tránsito nostálgico hacia épocas pretéritas, que ni mejores, ni peores son diferentes.

Nos asusta el hecho de que nuestras respuestas elaboradas, que no siempre tienen en cuenta el escenario vital en el que se ofrecen, nos hacen sentir la lejanía, la distancia, el anacronismo, y otras veces ocurre que consideramos la pastoral como un escenario propio de especialistas, donde parece ser que solo unos pocos pueden dar respuestas técnicamente correctas, olvidando que la evangelización o pasa por la experiencia vital o no pasa simplemente.

Es importante enseñar, es importante el contenido, la doctrina, naturalmente que sí, pero vivimos un tiempo donde, si no está la primacía del testimonio y la coherencia, no habrá seguimiento de Jesús y no hay experiencia de realización; la doctrina por sí sola no libera, quien libera es Jesús, y a él se llega por el testimonio y no por la pura enseñanza intelectual.

Como en ocasiones nos asusta perder adeptos, cobran importancia ciertas prácticas religiosas puritanistas, predicadoras más del mal que del bien, éstas parecen asegurar concurrencias masivas a ciertos ritos, mientras que cabe la duda sobre la experiencia de Dios que se ofrece, más parece que se tratara de cierta fe marcada por el fetichismo, la magia y la idolatría de ciertos ministros y sus prácticas que no favorecen el seguimiento auténtico de Jesús, sino que caminan entre los extremos del rigor moral aparente, la magia que domina a la divinidad o por lo menos la convence, y la confusión entre oración y terapia alternativa.

No podemos desentendernos de tres fenómenos actuales: Secularización, Globalización y Re significación de las categorías temporales.

Los tres tienen sus desafíos y sus oportunidades, no nos detendremos aquí a analizarlos, simplemente nos parece adecuado recordarnos que forman parte del paisaje cultural actual.

Frente a todo esto, sostenemos que el adviento y la navidad vienen a recordarnos lo esencial de la misión: la persona de Jesús, precisamente es esto lo que debemos recuperar en la misión, es por Jesús que entra el aire fresco y la vitalidad renovada de la misión eclesial. La esencia de la misión tiene nombre, rostro, identidad: Jesús de Nazaret. Recuperar esta centralidad nos lleva al encuentro de la verdad de Dios y la verdad de nuestra existencia humana. En Jesús se nos revela todo lo que tenemos que anunciar en la misión:

Que Él esta entre las personas aunque no lo veamos (Lc. 2,12)

Que camina en nuestras propias vidas (Lc. 1,39)

Que Él toma la iniciativa y se acerca a nuestras vidas (Lc. 1,26)

Que la mano de Dios está sobre sus elegidos (Lc. 1,66)

Que Él redime a su pueblo (Lc. 1,68)

Que Él es quien nos envía un Salvador (Lc. 1,69)

Que Él es quien nos traerá la salvación que ilumina a toda persona, especialmente a los que están en tinieblas y en sombras de muerte (Lc. 1,78-79)

Y mucho más...

El hecho histórico que revela a Dios plenamente como Padre es la encarnación- salvación de Cristo; Jesús y nadie más que Él nos permite reconocer en Dios a nuestro Padre, porque Él es quien lo ha visto (Jn 1,18).

Dios no es una energía positiva que nos purifica interiormente y nos alivia las dificultades dándonos la “paz espiritual” que pregona la religión de la satisfacción y la prosperidad, fenómeno que está fuera y dentro de la Iglesia.

Dios es el Padre de Jesús, así lo presenta Él mismo (Mt 7,21), cuando lo hace pone en evidencia esta relación cargada de expresiones tiernas, de cercanía, de confianza; esta verdad es parte constitutiva de la identidad de Jesús, lo define en su forma de ser y de su actuar.

Jesús es el gran pedagogo e intérprete del ser humano, por eso manifiesta la plena verdad de Dios y del hombre.

La misión eclesial debe recuperar por esto la centralidad de la persona de Jesús en forma de testimonio y anuncio, para no agotar el modelo misionero en las categorías de enseñanza religiosa o moral, para no hablar un lenguaje inapropiado y para vencer la tentación de relativizar las exigencias del evangelio en orden a la tolerancia o el oportunismo mercantil, que hace de la fe un producto negociable.

Si cada persona tiene, una y otra vez, la oportunidad de encontrarse con Jesús, de este encuentro vital se desprende todo lo demás.

La misión es más grande que la misma Iglesia, trasciende toda estructura humana, pues nace del Amor mismo de Dios. Si somos capaces de ofrecer el encuentro con el Amor que salva, sin demoras ni distracciones convenientes, estaremos recuperando la esencia de la misión.

Jesucristo, luz de las naciones, alumbre el corazón misionero de cada bautizado y comprometa las fuerzas de toda la Iglesia en el anuncio gozoso de su nombre.

Feliz Adviento y Navidad.

**P. LEONARDO RODRIGUEZ
DIRECTOR NACIONAL**